



LA CALETA CAMINO AL PARAÍSO

STONE CONTRACTORS
CARLOS STONE / JUAN PABLO STONE
CONSTRUCCIÓN

ARQ. FERNANDO DE HARO
ARQ. JESÚS FERNÁNDEZ
ARQ. OMAR FUENTES
ARQ. BERTHA FIGUEROA
ARQ. ANTONIO ESPINOZA
PROYECTO ARQUITECTÓNICO Y DE INTERIORES

Un terreno no frente al mar, sino sobre él, en un peñasco envidiable, con una apertura de 180 grados que permite apoderarse del paisaje. Es ahí, en Punta de Mita, Nayarit, a sólo unos minutos de Puerto Vallarta, Jalisco, que La Caleta tiene su vida. Anclada en el agua, con todo el respeto que el entorno le merece, se yergue como una de las construcciones modernas más interesantes de la zona, precisamente por el resumen que del estilo mexicano hace en sus muros gruesos, en sus colores festivos plasmados sin timidez, en su vegetación exuberante y su misión de arropar, con maderas y vestiduras naturales, los deseos de sus moradores: la paz, la conexión con el mar, la nutrición energética del espíritu.

La belleza del entorno exigía una respuesta para estar a la altura de ese requisito, de ahí que los propietarios encomendaron al arquitecto Fernando de Haro y al ingeniero Juan Pablo Stone, constructor, una casa que superara el atractivo implícito de estar en el mar. Por ello la propuesta de crear un corazón de madera en su suelo y con una pérgola, que sirve de distribuidor de las

áreas que se desagregan y se conducen a través de él, con un microclima rico en especies de la flora regional, alimentado por las aguas del estanque que lo contiene. Su estructura circular se despliega como un par de brazos que acogen a quien lo transita, como una preparación hacia lo que verá más adelante, el encuentro con el mar abierto.

Ya desde su ingreso, La Caleta muestra el lenguaje que ha de hablarse con ella, sin fluctuación, el del agua: emprende su plática en un muro que derrama sus lágrimas sobre el piso y se transforman en un hilo discreto para mutar luego en estanque, en seguida en fuente, interrumpirse en la sala de la palapa y finalmente volver a abrirse ya sin parquedad en la alberca, tránsito amable hacia la grandeza del mar. Esta linealidad marca un proyecto muy orgánico, con un eje central que lo clarifica y define.

La plaza mexicana

En su camino hacia el mar La Caleta es una casa que presume su entorno mexicano valiéndose de los materiales, esencialmente maderas, piedras





de río y mar amaestradas en pisos gracias a la fineza de los acabados: vías que delinean zonas, forman tapetes, enmarcan veredas, con la precisión de un bordado monumental. Y en los muros, rocas silvestres que se encuentran con un tratamiento tal del cemento, que le da un aspecto de arena consolidada.

Si los colores vivos, amarillos, naranjas, azules rotundos ya le dan esa verdad ejemplar de la arquitectura mexicana que es reforzada por sus muros fuertes, gruesos, sólidos, la organización de la casa es otra muestra más de su nacionalidad, como si se tratara de un pueblo integrado por diferentes estancias con una plaza central en común, ese microcosmos de madera que comunica y distribuye y es, a la vez, un espacio amable para pasar momentos en la contemplación de la naturaleza, en la atención prestada a la música de las fuentes de su estanque. Es, también, el área maestra que ayuda a dejar todo atrás, todo afuera, porque lo que importa aquí dentro no tiene nada que ver con las complicaciones de la vida urbana.

Para el encuentro con el mar, la palapa rectangular de reminiscencia maya es el punto perfecto para que la fiesta mexicana tenga lugar. Es aquí cuando se entiende con mayor fidelidad la integración de la residencia con el entorno, comenzando por la moderación de los tonos, que se instalan en el de la arena, como si al tocar el piso de esta área ya se estuviera llegando a la playa. La vegetación regional de nuevo es aprovechada, esta vez para marcar las colindancias con las moradas vecinas, que no se hace a través de





muros, sino con jardinería. Nada resulta artificioso, nada parece fuera de su sitio porque no lo está, hay una precisión en cada elemento, en cada espacio, y la casa se siente suelta, enclavada en un ecosistema que parece haberla esperado desde siempre.

A fin de completar la admiración que los propietarios sienten por México, detalles de arte popular vistren a La Caleta incluyendo en los textiles de fibras naturales a su mayor representante. Porque los muros más bien permanecen desnudos, porque los objetos decorativos más bien son funcionales, porque la casa misma, toda, es una traducción de esta mezcla de corazón y manos que llamamos artesanía.

Lo privado, lo íntimo

Para el arquitecto De Haro y su equipo creativo, la parte más compleja del proyecto consistió en dotar de vista al mar a todas las habitaciones. Al recorrerlas parece difícil concebir esta idea, pues es lo primero que se percibe en ellas, esta comunión con el mar en diferentes rituales, ya sea sentado en los balcones o echados en las camas con los vastos ventanales abiertos.

Pero la relación con el océano contiene diversas vertientes, las más evidentes se encuentran en las áreas públicas de la construcción, que pueden tornarse íntimas de acuerdo con la necesidad personal de apropiárselas. Un par de balcones literalmente suspendidos en el aire, los pun-



tos más próximos con el piélago, dan constancia de ello. Uno aloja una romántica sala, cuya mesa de centro de nuevo da cuenta de este trabajo de filigrana en la piedra; su columpio doble de madera es el receptáculo perfecto para captar la brisa marina, los vientos del Pacífico, los últimos o, por qué no, los primeros rayos del sol, una sesión que puede ser placentera incluso en soledad, o quizá más precisamente por ella. El segundo es más compartido, para disfrutarse en grupo, igualmente entrañable, con un propósito preciso: degustar alimentos sobre el azul del mar.

Escalera al cielo

Ya hemos mencionado la sabiduría del color en La Caleta, una celebración de la vida, del entorno, de la naturaleza. Color que transpira en los muros, en los pisos, en la vegetación, en las piedras. Pero no

podemos olvidar algo imprescindible, la evocación que estos producen en el espíritu.

Sabemos que el mar es contundencia en su inmensidad; a pesar de ello, asequible, palpable, se deja hacer, se deja navegar, moja con sensualidad a quien se atreve adentrarse en él. Su inmensidad sólo es superada por el maravilloso cielo abierto que aquí se aprisionó en una especie de santuario, un sitio bañado del azul encandilante del cielo y del mar junto, que envuelve a quien lo explora. Para alcanzarle hay que subir unas escaleras que ceden su color arena cuando se logra. Es el área perfecta para bañarse de sol, en la *chambre du jour*, o sólo coquetear con él tendidos en las hamacas bajo la protección de una pérgola. Si ya se atrapó el mar, este espacio es la certeza de que toda la casa consigue su cometido: regalar un pedacito de paraíso, un edén terrenal.



